

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

Nicolás Matías Campodónico¹

Resumen

El Psicoanálisis con niños nos lleva a repensar la teoría psicoanalítica en su complejidad. Nuevos interrogantes, nuevos desafíos, nos convocan cotidianamente. Reconocemos que la clínica psicoanalítica con niños tiene una historia y un recorrido particular que vamos a intentar abordar, para responder a la pregunta: ¿qué es lo singular del encuentro de un psicoanalista con un niño? O lo que es lo mismo, ¿Qué es el análisis de niños? Para ello no sólo abordaremos el planteo freudiano y lacaniano de este tema sino también las ideas en torno a la constitución subjetiva en las coyunturas de estructuración de cada sujeto en la actualidad para de esta forma poder pensar la particularidad del Psicoanálisis con niños.

Palabras clave: Psicoanálisis con niños – Estructuración subjetiva – Época – Intervención – Hipermodernidad

Psychoanalysis with children and subjective structuring: a reading from hypermodernity on the child

Abstract

Psychoanalysis with children leads us to rethink psychoanalytic theory in its complexity. New questions, new challenges, summon us daily. We recognize that the psychoanalytic clinic with children has a history and a particular journey that we are going to try to address, to answer the question: what is the uniqueness of a psychoanalyst's encounter with a child? Or what is the same, what is the analysis of children? For this, we will not only address the Freudian and Lacanian approach to this issue, but also the ideas about the subjective constitution in the structuring situations of each subject at present so that we can think about the particularity of Psychoanalysis with children.

Keywords: Psychoanalysis with children - Subjective structuring - Era - Intervention - Hypermodernity

Introducción

En el presente trabajo, partimos de ciertos interrogantes que nos disparan el encuentro con los niños en las distintas consultas que nos llegan a nuestros consultorios. Es así, que nos permitimos abordar las particularidades de la clínica con niños desde aquellos lineamientos que propone el Psicoanálisis de orientación freudo-lacaniano.

El Psicoanálisis con niños nos lleva a repensar la teoría psicoanalítica en su complejidad. Nuevos interrogantes, nuevos desafíos, nos convocan cotidianamente. Lugar de controversias, de discusiones apasionadas, de puesta a prueba de todo el andamiaje teórico, podemos reconocer entonces que el Psicoanálisis con niños es un espacio privilegiado para la investigación.

Reconocemos que la clínica psicoanalítica con niños no se plantea en los mismos términos que

la clínica con adultos y surge tiempo después. Tiene una historia y un recorrido particular que vamos a intentar abordar, para responder a la pregunta: ¿qué es lo singular del encuentro de un psicoanalista con un niño? O lo que es lo mismo, ¿Qué es el análisis de niños? Y retomamos, en este punto, una respuesta de Eric Laurent para empezar este camino que nos lleva nuestra práctica clínica a interrogarnos: “es una práctica que se autoriza de la hipótesis de Freud de que el niño tiene un inconsciente”. (2016, p. 102)

Ahora bien, comenzamos situando cuando Freud planteaba la importancia de los análisis tempranos sosteniendo la posibilidad de trabajar en los factores que plasman la neurosis, en los tiempos de la estructura, que hacen a la constitución del sujeto. Estructura del lenguaje que, por otro lado, pre-existe al sujeto y donde él mismo será el efecto

¹ Universidad Nacional de La Plata/Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas. Correo: nicolas_campodonico@hotmail.com

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

de su relación al significante, de su modo de inscripción en el campo del Otro. Y esto podemos decir que va a tener consecuencias a nivel de la clínica y de la estructura. En estos análisis, nos encontramos con un yo inacabado y endeble, como lo sitúa Freud en *El esquema del Psicoanálisis* (1940), defendiéndose de los peligros internos. Pero sabemos que lo interior se puede transformar en un exterior amenazante. Antes de existir en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo, el niño existe para y por el prójimo. Pero la cuestión no se jugará entre una separación del adentro y el afuera, de lo que está antes o después, de lo interior o lo exterior, sino en cómo el sujeto se confronta con lo real del goce y cuál será su posible respuesta ante esto. Respuesta que estará vinculada con los tiempos de la subjetivación y con los recursos de los que pueda servirse, que estarán en estrecha relación en cómo fue alojado en el deseo del Otro. En otras palabras, en el origen, se trata de la inmersión en el lenguaje de un ser vivo cuya supervivencia depende del Otro. Esto es subrayado por Lacan cuando marca la importancia del Otro primordial a partir de la prematuración de la especie humana cuando aborda el *Estadio del Espejo* para lograr la unidad de la imagen corporal a través de la mirada del Otro y sostenida por su deseo.

Reconocemos, de esta manera, que el niño nace en un universo de lenguaje, donde al ¿quién soy? formulado en el campo del niño, aparece la nominación de la madre, transmitiendo el Nombre-del-Padre, abriendo el campo de las identificaciones. Pero, por otro lado, en *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), Freud comienza con un apartado que lo llama el “descuido de lo infantil”, lo cual nos parece importante resaltarlo. Para Freud, justamente, lo que se ha descuidado es la vida sexual infantil. A partir de la clínica, encuentra que el primer período sexual cae bajo la amnesia infantil y convierte a la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, prehistórico que oculta los comienzos de la vida sexual. (p. 159)

Entonces, subrayamos la importancia de que, si hay un momento capital en la vida de los niños, es aquel en que se realiza el descubrimiento de que los adultos no pueden hacer magia. Es notorio el supuesto en cuestión: “los niños creen en el Otro” (Lutereau, 2017, p. 76), Por eso es

corriente que piensen que los adultos pueden conocer sus pensamientos; y en el análisis de todo niño es posible reconstruir algún episodio en el que se verifica que el “Otro no sabe”. Es curiosa también esta inflexión: nuevamente es a través del saber que se mide la vara de lo infantil. Incluso un niño puede denunciar la impotencia del Otro (porque es simplemente la cara de su omnipotencia) o su mala voluntad (que el Otro no quiere), pero la instancia crucial radica en la confrontación con este agujero en el saber. Esta coordenada es irreversible. La infancia concluye cuando la contingencia inscribe su marca y ya se consolidó alguna huella que quedó por fuera de las posibilidades del mundo (Lutereau, 2017, p. 77).

Es así, que la infancia la podemos plantear en torno a un misterio en el sentido de que aloja la verdad del hombre. Tomando como referencia a Giorgio Agamben en su libro *Infancia e historia* (1979), dice: “Misterio deriva de mu que indica un estar con la boca cerrada, es decir, silencio. El mundo antiguo interpreta esa infancia misteriosa como un saber que se debe callar, como un silencio que se debe guardar. Por eso la fábula (boca abierta), o sea lo que se puede contar y no el misterio sobre el que se debe callar, contiene la verdad de la infancia como dimensión original del hombre” (p. 89).

Reconocemos entonces, que las respuestas a la pregunta por el niño históricamente se han articulado como significaciones que varían según las culturas y según los presupuestos epistemológicos en los cuales se fundamentan. Entonces, diremos que la categoría de “infancia” es una representación colectiva, producto de formas de relación social concretas, es decir, tiene un carácter socio-histórico. Lo que sí podemos encontrar es que la vida en la infancia aparece en varias sociedades como insignificante, y, es más, en la historia de muchas sociedades, la infancia se ha caracterizado por una permanente marginalidad. Es así que, en realidad, es con el cristianismo que se da la primera ruptura respecto a la antigua imagen de infancia, sin embargo, esto no representó el final del oscurantismo para los niños, ya que los abusos físicos y psicológicos siguieron existiendo como señala mucha de la bibliografía de la época que nos sirven de referencia.

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

En el siglo XVII, la idea de que el niño necesita la disciplina con violencia para ser una persona de bien, persiste con firmeza, sin embargo, se observan cambios en los cuidados físicos y se reconoce a los niños como seres humanos con problemas de desarrollo diferentes a los adultos. Se observa una evolución del sentimiento hacia los niños, de una total indiferencia hacia una preocupación y cariño auténtico que permite comprender de mejor manera la evolución de la representación de la infancia y como poco a poco esta etapa de la vida adquiere su verdadero valor como todas las demás.

El descubrimiento auténtico de la infancia comienza en el siglo XVIII, cuando disminuye el infanticidio, pero la práctica de abandonar a los recién nacidos era todavía muy común, existiendo instituciones que se encargaban de los niños abandonados. En este período se vive un momento de ambivalencia pues, por un lado, los niños eran considerados como intrínsecamente malvados, por lo cual hay que civilizarlos, y, por otro lado, a la vez eran considerados como ángeles totalmente inocentes, no corrompidos por la maldad. El juego que encantaba a los niños se relacionaba con el pecado y con las tendencias de la carne, porque estaba relacionado con la satisfacción de deseos, que no precisamente eran intelectuales.

Posteriormente en el siglo XIX, Rousseau, logró que un amplio grupo de personas creyera que la infancia era merecedora de la atención de adultos inteligentes, así mismo en este siglo surge la idea de que la lactancia es buena para las madres, y se desecha la participación de las nodrizas.

En la sociedad burguesa la representación social sobre el niño sufre modificaciones importantes, con lo que el niño llega a ser portador del futuro. Es así que, sobre este niño, la familia y la sociedad hacen una inversión afectiva y económica, en donde se le preserva del mal y se le conserva en su natural inocencia.

Como vemos el niño es reconocido en su especificidad psicológica y social, es valorizado en su vida familiar y luego en su vida colectiva, se crea un nuevo sentimiento de infancia que está destinado a convulsionar las actitudes de los adultos hacia el niño en el siglo XX.

De esta manera, podemos situar que la idea contemporánea que tenemos del niño como un ser en desarrollo está lejos de ser universal, ya sea en términos culturales como históricos. “El niño” en tanto objeto de estudio de la medicina, de la pedagogía, de la psicología, del derecho, entre otras disciplinas, no existe a priori como un dato de la realidad; más bien se trata de una construcción creada a lo largo de las transformaciones socio-históricas y económicas que se fueron produciendo en el mundo occidental a partir de la Edad Media hasta la actualidad. Detenernos en cada momento y en cada concepción del niño es todo un trabajo interesante para poder pensar los avatares de constitución psíquica en cada época, sin embargo, no es el objetivo de este trabajo, pero reconocemos la importancia de ello para futuros trabajos.

Ahora bien, a partir de la modernidad, a la que debemos la invención de la categoría de “niño”, es que podemos situar que éste ha sido objeto de interés para distintos discursos. Lo jurídico, lo pedagógico, lo asistencial, lo político, han ido definiendo campos de intervención específicos y especializados que determinan a su vez, precisas distinciones entre lo que se entiende por niño y por adulto. Por su parte, el Psicoanálisis, en tanto discurso, se ha planteado desde sus comienzos, que “el niño es el padre del hombre” (Lacan, 1969, p. 138). Lacan lo dice así en El Seminario XVII (1969): “Si se ha podido advertir que el Psicoanálisis nos demuestra que el niño es el padre del hombre, es precisamente porque debe haber, en alguna parte, algo que allí en el niño haga mediación, y es precisamente la instancia del amo en tanto viene a producir, con un significante, no importa cual después de todo, el significante amo” (p. 138).

Resulta importante subrayar que la categoría de “niño” para el Psicoanálisis inicia con Freud, al atravesar el Complejo de Edipo, su proceso de estructuración psíquica. Más adelante Lacan retoma la teoría para articularla en tres momentos lógicos, no cronológicos, que permitirán la estructuración del sujeto al enfrentarse con la castración, el falo, la falta y el deseo para ingresar en el orden simbólico y así inscribirse en la cultura.

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

Aquí persisten algunos interrogantes, para aquellos que son convocados por la clínica con niños y que, en este trabajo, nos interesa vislumbrar detenidamente:

- ¿Cuál es el estatuto del niño para el Psicoanálisis?
- ¿Cuál es la particularidad del dispositivo de la clínica con niños?
- ¿Hay continuidad entre el niño y el adulto?
- ¿Qué hay de nuestra época en el abordaje y la lectura propuesto por el Psicoanálisis acerca de los niños?

¿Qué es un niño?

Ahora bien, continuando con el eje del trabajo, retomamos una pregunta con la que Patrick Valas inaugura un capítulo de su libro (1989), a la que consideramos fundamental para formalizar nuestro desarrollo: “¿Qué es un niño?”.

Rápidamente podríamos decir que el niño es un sujeto, pero ¿es realmente un sujeto con lo que implica la consideración de sujeto para el Psicoanálisis, o sea, sujeto del inconsciente? Para poder responder y dar una respuesta satisfactoria del niño a partir de coordenadas estructurales, resulta importante poder partir del reconocimiento de la diferencia entre sujeto, individuo y persona. Es decir, para no entrar en confusión no habría que homologar persona a individuo, ni individuo a sujeto.

En función a esta diferenciación, por su parte, Valas nos dice que, de acuerdo al código napoleónico, es definido como niño o en estado infantil el que no trabaja. (1989) Sin embargo, ya en el terreno del Psicoanálisis, Freud hace una diferencia precisa que nos parece pertinente situar, que va en otra dirección relativa a la constitución del aparato psíquico en la infancia y el desarrollo de un ser que se realiza siguiendo el orden de maduración del cuerpo. Distingue al niño del adulto en tanto el antes y después de la pubertad y ubica la sexualidad en la infancia. Para Freud es mediante el Edipo que se traza el límite más seguro entre el niño y el adulto, a través de los reordenamientos estructurales del período de latencia y de la

pubertad. También sabemos que organiza la diferenciación entre infancia, latencia, pubertad y madurez, siempre resignificados y organizados por el Edipo y el Complejo de castración, como nodales en la constitución psíquica en el armado de la neurosis. Es así que vemos de qué modo Freud rompe valientemente con el lugar común de considerar a la pubertad como una línea divisoria biológica entre la infancia inocente y la “explosión hormonal” de la pubertad. Para el Psicoanálisis, la pregunta por el niño reviste una particular importancia debido a que ella se articula a dos interrogantes que son esenciales para su edificio conceptual, los cuales son: ¿Qué es un padre? ¿Qué es una madre? Desde los orígenes del Psicoanálisis, Freud se ocupó de estas cuestiones que para él comportaban un cierto carácter enigmático. Las vías que lo condujeron al montaje de una respuesta, las vislumbró en la práctica clínica, para luego formalizarlas, de una manera lógica, en la teoría. De esta manera encontramos como en muchos otros momentos de Freud el camino que propone para la investigación en Psicoanálisis, es decir, es desde la clínica que se parte para pensar la teoría y no en el sentido contrario.

Desde los primeros escritos de Freud podemos rastrear su interés por los diferentes aspectos de la vida del niño: su sexualidad, sus fantasmas, cómo reconstruye su pasado, cómo se inicia su culpabilidad, su angustia y los conflictos que esto le genera. Desde un Freud temprano en 1893-95, los estudios en colaboración con J. Breuer evocan por primera vez el papel patógeno de los traumatismos infantiles en el terreno sexual. En La interpretación de los sueños (1900) propone que el sueño es el guardián durmiente contras las excitaciones externas e internas que reactualizan un deseo infantil inconsciente. Luego analiza los sueños de deseos no realizados en niños pequeños. Y en 1905, con Tres ensayos para una teoría sexual culmina el estudio de la sexualidad del niño y del adolescente, con la descripción de su valor perverso polimorfo y las etapas de la sexualidad. Para Freud, como ya sabemos, la sexualidad se organiza en dos tiempos: antes y después de la pubertad. Conservará siempre el lugar de la pubertad como lo que permite la reedición de lo que pasa en el primer momento de la infancia. Del mismo modo, reconocemos que Freud presenta a la sexualidad infantil organizada

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

en etapas o fases: fase oral, sádico-anal y fálica. Sexualidad infantil que, de esta manera, es reconocida como autoerótica, perversa y polimorfa. En relación a esta sexualidad infantil, Freud destaca el apuntalamiento de la pulsión, el autoerotismo y el apoyo en una zona erógena (Freud, 1905, p. 165).

Entonces, señalamos, que, en principio, lo infantil no es la infancia. Con Freud y el descubrimiento de la sexualidad infantil se subvierte, por un lado, el lugar del niño y lo infantil como sexualidad, originario e irreductible, distinto de la infancia como etapa de la vida, y, por otro lado, pasa a ser el núcleo del sujeto y de la neurosis infantil. Noción que cuestiona no sólo un esquema basado en el desarrollo sino la propia sexualidad, que como el trauma y los síntomas necesitan dos tiempos para constituirse. A partir del Proyecto de psicología para neurólogos (1895) y del concepto de *nachträglich*, la temporalidad no es cronológica o lineal, y el después incidiendo sobre el antes lo resignifica. Es eso lo que llamamos tiempo lógico, es el efecto a posteriori como un evento lógico derivado de otro anterior. Esta conceptualización de la temporalidad lo lleva a Freud a distinguir entre neurosis de la infancia y neurosis infantil. Considera que la neurosis puede ya aparecer en el tiempo de la infancia, son las neurosis de la infancia, neurosis actuales, como un cuadro sin diferimiento temporal, perturbaciones de la evolución psicosexual que se manifiestan con efecto inmediato como síntomas, inhibiciones, angustias, consecuencia del encuentro con la sexualidad como un exceso que el aparato no puede tramitar. Son los fenómenos con que nos encontramos.

Entonces, destacamos, una sexualidad infantil, que corresponde a una organización pregenital, interrumpida por la latencia, en donde aparecen el asco, la vergüenza y los ideales acerca de lo estético y la moral, produciendo la desviación de las metas sexuales y apareciendo la sublimación como aspecto importante. Posterior a esta sexualidad infantil y al período de latencia, con la pubertad advendrá la sexualidad al primado de los genitales y la función genital.

La tensión que se registra en la obra de Freud entre las particularidades de la sexualidad en las diversas fases de la vida y el operador fálico

universal, provocó interpretaciones diversas entre los psicoanalistas. Podríamos afirmar que mientras algunos priorizaron “lo infantil” como concepto correlativo al de “fantasía inconsciente”, otros privilegiaron “la infancia” como fase de la vida en la que ocurre el desarrollo sexual que, posteriormente, será reprimido.

En cuanto a Lacan, al inicio de su enseñanza, no descarta los términos de destete, pubertad, madurez, pero Valas (1989) nos dice que Lacan se esfuerza en puntuar las relaciones del desarrollo con la estructura. En Lacan, reconocemos que el Otro del lenguaje, como mencionamos previamente, lo preexiste al sujeto, determinándolo desde antes de su nacimiento. La incorporación de la estructura la situamos a nivel del Estadio del Espejo y a nivel del Fort-da, que da testimonio de un punto de inseminación del orden simbólico. En el Estadio del Espejo se cristalizarían las identificaciones yoicas del sujeto, constituyentes de los ideales de la persona, cuya posición sexual se regulará en el desfiladero edípico. Aquí, vamos a partir de reconocer que el niño está de entrada inscrito en un sistema de significantes, si ello habla de él antes de que nazca, no es puro significante y tampoco puro cuerpo biológico. En esta red de significantes es donde el cuerpo prematuro del niño se va insertar tomando lo que necesita para vivir, sutil pero efectivamente el cuerpo del niño se ve capturado en las redes del deseo del Otro. Así mismo lo que el niño debe construir de su imagen inconsciente del cuerpo en el sentido del ser, lo hace en referencia al cuerpo del Otro, a sus pulsiones, a sus fantasmas, a su deseo.

Consideramos importante, tal como menciona Laurent (2002), que la declinación de la significación que cobra el niño en el Deseo de la Madre lo cristaliza como síntoma de la pareja parental, como falo de la madre o lo deja preso en una captura fantasmática. No obstante, el niño tiene su propio síntoma, por lo que puede analizarse sin ser considerado tan sólo como un apéndice del discurso materno o como una persona en curso de evolución que debe educarse. Eric Laurent, Marc Strauss, R. Lefort y Estela Solano en *El Psicoanálisis con niños* (2008) hacen referencia al juego en los siguientes términos: el juego es una respuesta de la estructura, del lado de la estructura,

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

el juego es una respuesta de lo real. El fantasma es la primera respuesta que da cuenta de la castración del Otro y el fantasma es lo que permite al sujeto superar la angustia que le provoca la castración del Otro, y por lo tanto su deseo. Entonces se piensa que el juego estará en el lugar del fantasma, porque el fantasma está más allá de los significantes.

Entonces, en ese intento de responder la pregunta: ¿qué es un niño?, Valas (1989) nos dice que el niño o el adulto son tipos de personas, y que para lograr una definición bastante simplista lo define de la siguiente manera: “El niño no es una persona grande”. Para ser precisos, y para este trabajo, rescatamos aquello en lo cual podríamos distinguir al niño del adulto en cuatro puntos:

- A nivel del significante: El niño es un hablante ser, dividido por el significante.
- A nivel del goce: El niño no dispone del acto sexual, no teniendo acceso al goce sexual que pasa por la puesta en acto del deseo del Otro, debe contentarse con un goce puramente masturbatorio.
- A nivel de historia: En este punto se hace referencia a lo que es la experiencia de vida, en este caso el niño puede aprender a saber, aún cuando esta adquisición de un saber suplementario no es homogénea al saber inconsciente.
- A nivel del acto: El hecho que el niño sea definido en el discurso del amo (por no disponer de los medios para sostener su acto) no quiere decir que no pueda plantearlo.

La relación estructura-desarrollo.

Contextualizando sobre qué se entiende por un niño muy brevemente, y yendo a otro punto importante del presente trabajo, es decir la relación desarrollo-estructura, retomamos el planteo que Miller en la Apertura de las II Jornadas Nacionales: desarrollo y estructura en la dirección de la cura (1993), en donde plantea que “la relación de los analistas con el niño ha sido dominada por la perspectiva del desarrollo, la preocupación por el establecimiento de la cronología, la definición del

inconsciente como permanencia del niño en el hombre” (p. 7).

Sin embargo, Miller mismo nos señala que dentro de la enseñanza de Lacan, hay dos oposiciones: desarrollo e historia; desarrollo y estructura. Es así que de esta forma Miller nos plantea en el campo del lenguaje, el desarrollo cede su lugar a la historia. (p.7) Esto nos quiere decir que el desarrollo no debe entenderse como objetivo, universal o generalizable, sino que forma parte de una historia singular donde hay sujeto que es individual y en donde un mismo hecho puede remitir a diferentes significados.

Por consiguiente, en el campo del lenguaje no se trata de un proceso objetivo con respecto al ser humano, de una simple maduración como sucede en el mundo de las plantas tal como lo menciona Miller.

Para oponer desarrollo e historia no es decir que no hay nada de maduración en el organismo, porque podemos reconocer que la hay. Pero oponer desarrollo e historia nos dice que el proceso mismo incluye un sujeto. Esta oposición en la enseñanza de Lacan, desarrollo versus historia, supone un sujeto que puede dar sentido. Así vamos a decir, que el mismo hecho de la vida puede recibir distintos sentidos según cada sujeto. Es importante señalar lo que venimos mencionando porque desconocer esto es desconocer la dimensión subjetiva en el niño.

Miller, en este texto antes mencionado, nos presenta una segunda oposición: desarrollo y estructura. Es en esta relación, entre estructura y desarrollo, que resulta importante, nos dice Miller, para reubicar al niño en el Psicoanálisis, en una reflexión sobre el tiempo lógico (y no cronológico, no métrico).

Para el Psicoanálisis, ubicar a un niño implica una diferencia fundamental entre estructura y desarrollo. Hablar desde el punto de vista estructural nos permite ir más allá de la cronología; implica descifrar la lógica del sujeto que resulta de la operación de la estructura y que está más allá de la diacronía de la edad.

Ahora bien, que los analistas se separen de la noción de desarrollo no significa que el factor del

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

tiempo no sea tomado en cuenta o quede descartado. Más bien, implica considerar un tiempo lógico, que abrocha la estructura y cuya lectura sitúa los movimientos lógicos y sus consecuencias, en los cambios de posición del sujeto.

Entonces, aquí nos situamos como hemos mencionado en otro momento del presente trabajo, en una pregunta fundamental del mismo: ¿qué es el tiempo para el Psicoanálisis?

Tanto Freud como Lacan, en sus formalizaciones del psiquismo, dan muestras de que el tiempo es a conquistar. El tiempo en Psicoanálisis es el tiempo lógico, el tiempo del apres-coup. No se trata de un tiempo lineal ni evolutivo ni psicogenético como es mencionado por otras disciplinas que apuntan al desarrollo y a la maduración del individuo. En cambio, el Psicoanálisis implica una temporalidad cuya síncope es sin relojes. Ahora bien, el Psicoanálisis plantea una temporalidad que difiere de la cronología y la clínica con niños nos propone las paradojas de las edades de la vida, como también en la práctica con niños nos llegan preguntas y afirmaciones provenientes de otros discursos que se interesan por la niñez como la pedagogía o la pediatría que esperan las eficacias y adquisiciones que provienen y dependen de los tiempos de constitución del sujeto, pero cuya medida difiere del Psicoanálisis.

Siguiendo con este tema, retomando a Levi-Strauss como lo hace Lacan en cuanto a la estructura elemental del parentesco, nos resulta necesario subrayar, tal como nos enseña Lacan que los niños se encuentran inmersos en una estructura, la estructura familiar, una estructura familiar que los condiciona.

Entonces, cuando se habla de niño: ¿qué se dice?, ¿de quién se habla?, ¿quién es el niño? Y, en definitiva, ¿a quién se dirige? Para contestar a estos interrogantes, el Psicoanálisis distingue el niño como síntoma del síntoma del niño. El primer caso da cuenta del poder de la palabra de los padres sobre el niño. En el segundo, nos encontramos con la subjetividad del niño.

Para ello, abordando el texto de Lacan, Dos notas sobre el niño (1969), refiriéndose al lugar que

el niño ocupa en la estructura, se refiere a las funciones del padre y de la madre: "la de la madre: en la medida en que sus cuidados llevan la marca de un interés particularizado, aunque solo fuese por la vía de sus propias faltas. La del padre en tanto que su nombre es el vector de una encarnación de la ley en el deseo".

En Dos notas sobre el niño (1969), Lacan señala que las respuestas a la pregunta del niño: ¿qué desea mi madre? implican diferentes posiciones del niño que se desprenden de esta pregunta y que hay que distinguir el niño como falo, el niño síntoma de la pareja familiar y el niño que realiza el objeto del fantasma de la madre. Esto podrá ser escuchado en el discurso familiar y tendrá consecuencias directas en el niño y en cómo éste responde desde su posición subjetiva.

La producción de síntomas da cuenta de un avance en la estructuración subjetiva. En la clínica con niños muchas veces nos encontramos con otro tipo de presentaciones, donde prima más lo impulsivo, goces que es preciso encausar por el desfiladero del significante o, en el mejor de los casos, el recurso a otros nombres del padre: inhibiciones y angustia. La dirección de la cura implicará la posibilidad de que un síntoma se instale para que el sujeto pueda hacerse representar, hacer un juego más allá de lo que le ofrece el Otro. El analista apuesta a que el sujeto avance por sobre el niño, tal como lo decía anteriormente, para que el niño se pierda en tanto objeto y el sujeto se articule en discurso.

Cuando los tiempos instituyentes se constatan y el sujeto se efectúa, es posible frenar el goce que, en exceso, ocasiona padecimiento.

Retomando las preguntas que orientan la práctica clínica: ¿Cuándo, en qué momento, es preciso dar comienzo al análisis de un niño? Tal como nos lo dice Lacan en el Seminario Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis (1964), nuestra intervención se justifica cuando se "pena de más", cuando hay demasiado sufrimiento, mal de sobra. También Freud va en esta línea cuando plantea que es esperable que los niños transiten el Complejo de Edipo y que sólo se justifica la intervención cuando el miedo se presenta desplazado hacia otro elemento significativo,

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

tornándose síntoma que puede llegar incluso a impedir que el niño prosiga con la cotidianeidad de su vida, en vez de estar localizado respecto de la función del padre (regulador de las mociones pulsionales que se presentan gozosamente con la madre).

Algunas de las especificaciones del ser infante son: una posición tendiente a lo objetual por tratarse de un sujeto en constitución, poseer una relación directa con la satisfacción, pero lo que más sorprende es su modo espontáneo y menos velado de juntura con la palabra en comparación con los adultos, tal vez por eso la designación freudiana de "perversos polimorfos" señale ese "casi todo vale" tanto en el uso del lenguaje como en el goce sexual. Una posición con el Otro implica a la tríada: amor (campo narcisístico), deseo (campo que incluye a la falta o incompletud) y goce (campo pulsional) definidos magistralmente por Jacques Lacan (1964). Desde la vertiente del amor, el niño podrá constituir alimento para el narcisismo (o el amor a la propia imagen ideal) parental. Desde el goce podrá una madre tener una posición perversa para con su hijo, una "maternidad perversa" la llamaremos, que, sin embargo, pueda excluir a otros hijos desde el deseo, el niño podrá portar su marca fálica. Ahora bien, los niños pueden elegir otra cosa sobre el telón de fondo que se les presente en suerte y no deja de impresionarnos el modo en que logran posturas diversas a la de sus padres, aunque no sin ellos; y a veces con síntomas tan egosintónicos que se asemejan a rasgos de carácter. Desentrañar esos problemas clínicos constituye uno de los objetivos del análisis con niños.

El psicoanalista está autorizado a comprender lo que ha fracasado en la reparación de los ideales de la familia. Lacan nos llama aquí la "función de residuo que sostiene [...] la familia conyugal". Este término de residuo nos introduce en la familia concebida como resto, objeto a producido por la historia. Hay residuo puesto que la familia queda y por todas partes en donde se la ha creído poder reemplazar por sistemas comunitarios, esto viene saldado por un fracaso. Se apresuran a reformar las familias, tanto disfuncionales, monoparentales o rehechas. Lacan sitúa entonces las funciones del padre y de la madre como los nombres que marcan una particularidad en el deseo

del niño en las sociedades (Laurent, 2006, p. 19). En la misma medida en que el "nuevo pacto de filiación" en la familia contemporánea se queda incierto, la necesidad de ficciones reguladoras de la paternidad no deja de insistir. El nuevo estatuto del padre se inscribe en este marco. Es lo que permite a algunos autores presentar la moderna relación a la paternidad como concepto "a la carta" del nombre del padre, articulado a su utilidad social.

El niño es entonces el objeto a y ocupa el lugar de un objeto a y es a partir de allí que se estructura la familia. Esta se constituye ya no a partir de la metáfora paterna que era la fachada clásica del complejo de Edipo sino enteramente según la manera en que el niño es el objeto de goce de la familia, no solamente de la madre, sino de la familia y más allá de la civilización (Laurent, 2007).

El niño en la narrativa hipermoderna.

Subrayamos que no se puede pensar la clínica por fuera de la época. Pensando en "la época", y retomando, una conferencia de Miller, titulada Una fantasía (2004), él planteó algo que creo es importante en el desarrollo del trabajo también. Es decir, el discurso de la hipermodernidad, época (nuestra época) llamada era del consumo, o como también la llaman: la era del vacío, la era del individualismo, la sociedad del espectáculo, el malestar en la globalización. Pasamos del malestar en la cultura freudiana al impasse lacaniano nos dicen Miller y Laurent en El Otro que no existe (2005). La época lacaniana sería la que introduce Lacan a partir de su Seminario sobre "Los Nombres del Padre", gracias al cambio de paradigma que impone la invención del objeto a y la orientación de la experiencia analítica por "lo real del goce", donde la "pluralización de los Nombres del Padre" permite definir a la época ya no regida por un ideal único y universal sino, más bien, por una serie de nombres indistintos que dan cuenta de la "inexistencia del Otro". Este postulado quiere decir que el Otro de la Ley ya no es garantía última de lo simbólico, sino un semblante más entre otros, que se escribe con el matema $S(\mathcal{A})$. Como dice Miller (2005): "la inexistencia del Otro inaugura verdaderamente lo que llamaremos la época lacaniana del Psicoanálisis (que es la nuestra) la época de los desengañados, la época de la errancia".

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

(p. 11) Es desde aquí, que Miller como varios autores desde el Psicoanálisis de orientación lacaniana, trazaron las líneas de trabajo para reconfigurar el psicoanálisis de cara a la transformación entonces palpable del inconsciente como de la civilización. Miller ya hace tiempo se preparaba y nos advertía de las duras batallas que se aproximaban para el Psicoanálisis frente a los intentos de evaluación y regulación de las prácticas psi al mismo tiempo que se proponía, siguiendo la lectura de la última enseñanza de Lacan, una transformación de la estructura conceptual del Psicoanálisis que le devuelva su potencia operatoria de cara al siglo XXI.

La hipermodernidad opera sobre los significantes de lo que fue la familia, así como en todos los dominios de la cultura, y revela el carácter de ficción de los lazos familiares y sociales. Como el capitalismo, tiene una función de destrucción creativa: destruye la tradición y hace proliferar un enlace de formas nuevas y de nuevos lazos. Tal como nos indica Laurent (2010): “La hipermodernidad interviene sobre la definición de la familia Aristotélico-Tomista modificando cada uno de los términos. La familia definida a partir del casamiento es algo que pertenece al siglo pasado”. (p. 19) La familia actual incluye múltiples formas de unión de facto o de derecho. Estas familias que pueden ser monoparentales, homoparentales, hacen aparecer en la actualidad al casamiento como un lujo institucional. De la misma manera que el Padre Ideal es el padre muerto, la familia ideal es una familia sin niños. Cuando el niño aparece, el círculo de familia explota, se fragmenta.

Nos preguntamos, ¿estamos atentos a lo que Freud aisló sobre las relaciones de la poesía y del juego en el niño? La poesía nos interesa hoy de manera muy distinta de la época de Freud y nos retiene de manera muy particular. La narrativa hipermoderna en relación al niño, desde el niño al adolescente, cubre todo el espacio y atrae todas las codicias. El niño y el adolescente se encuentran sumergidos en una producción industrial de ficciones noveladas que los ocupa enormemente, porque en el empleo de su tiempo, hay que contar las horas de televisión, de ficción televisada para soñar su vida frente a una pantalla (Laurent, 2004). Si a eso le agregamos, los juegos de video y los

juegos de roles, vemos que el niño está aparejado a una trama ficticia, narrativa, novelada que invade su vida como nunca antes. Ella le ofrece y amplifica todos los elementos que la ficción edípica puede fracasar en transmitir. Si el analista recoge las ficciones producidas por el niño, es para situar el lugar real que ocupa, en todas las ficciones que le son ofrecidas, y entre las cuales, en la ocasión, se extravía. Nos faltaría situar lo real en juego en este imaginario invasor. ¿En qué lugar se sitúa el niño como falo, como objeto, como síntoma, como verdad, como fantasma? Si los niños son consumidores de tanta ficción prêt-à-porter, es porque ellos mismos intentan encontrarse en esos arreglos ficticios a los cuales están sometidos. Se ubican en principio por el ofrecimiento prêt-à-porter. Si decimos que nuestra civilización es menos sensible a la poesía del “niño” es porque lo que ella retiene del niño es bastante menos poesía que saber (Laurent, 2004).

Aquí podemos decir que se trata, por la experiencia de lectura que es una cura psicoanalítica, de permitirle al niño leer lo real de las ficciones. En medio de discursos y de medidas que encuadran al niño, que lo fijan como jamás se lo había hecho, el analista es aquel que debe poder autorizarse del único real en juego en esas ficciones.

Discusión

A modo de conclusión, o mejor dicho, abriendo el campo de las discusiones y los debates, consideramos que algunas de las cuestiones antes mencionadas son algunas pocas de las cuestiones donde se mueve el Psicoanálisis infantil hoy día, junto con temas de complejidad tales como los efectos de los cambios familiares dentro de la sociedad actual en el psiquismo infantil, o el eterno problema del papel de los padres en el análisis de niños, la formación del analista infantil, la accesibilidad del tratamiento psicoanalítico en consultas hospitalarias, etc.

La historia del Psicoanálisis infantil es corta, sus vías de profundización, investigación y aplicación son muy amplias, los focos abiertos para debatir cada vez más numerosos y nuestro objeto de trabajo y de estudio sigue siendo el niño, el mismo y a la vez diferente niño que despertó el interés de

El psicoanálisis con niños y la estructuración subjetiva: Una lectura desde la hipermodernidad sobre el niño

Freud mientras observaba el juego de su nieto con una bobina.

Referencias

- Agamben, G. (1979) Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia. Buenos Aires. Adriana Hidalgo Editora. 2001.
- Freud, S. (1895) Proyecto de psicología para neurólogos. En Obras Completas. Tomo I. Buenos Aires. Amorrortu. 2009
- Freud, S. (1905) La sexualidad infantil. En Tres ensayos de teoría sexual. En Obras completas. Tomo VII. Buenos Aires. Amorrortu. 2009.
- Freud, S. (1940) El esquema del Psicoanálisis. En Obras completas. Tomo XXV. Buenos Aires. Amorrortu. 2009.
- Lacan, J. (1964) El Seminario, libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 2009.
- Lacan, J. (1969) Dos notas sobre el niño. En Intervenciones y textos 2 (pp. 55-57). Buenos Aires. Manantial. 2007
- Laurent, E. (2004) Los objetos de la pasión. Buenos Aires. Editorial Tres Haches.
- Laurent, E., (2006) Padre Síntoma. En Blog-note del síntoma. (pp. 7 – 49). Buenos Aires. Tres Haches.
- Laurent, E. (2007) Las nuevas inscripciones del sufrimiento en el niño. En Psicoanálisis con niños y adolescentes. Lo que aporta la enseñanza de J. Lacan. (pp. 37 – 48). Buenos Aires. Grama Ediciones.
- Laurent, E., Strauss, M., Lefort, R. y Solano, E. (2008) El Psicoanálisis con niños. Buenos Aires. Editorial Tres haches.
- Laurent, E. (2010) El niño como real del delirio familiar. En Kuperwajs, I. (Comp.), Psicoanálisis con niños 3. Tamar lo singular. (pp. 19 – 25). Buenos Aires. Grama Ediciones.
- Laurent, E. (2016) El análisis de niños y la pasión familiar. En Enlaces 22. Publicación del Departamento de estudios psicoanalíticos sobre la familia-Enlaces. (pp. 102 – 108). Buenos Aires. Grama Ediciones.
- Lutereau, L. (2017) El idioma de los niños. Lo infantil en nuestra época. Buenos Aires. Letraviva.
- Miller, J. A. (1993) Apertura de las II Jornadas Nacionales: desarrollo y estructura en la dirección de la cura. En Desarrollo y estructura en la dirección de la cura (pp. 7-12). Buenos Aires. Atuel.
- Miller, J. A. (2004) Una Fantasía. Conferencia en IV Congreso de la AMP. Comandatuba. Brasil. Recuperado de <http://2012.congresoamp.com/es/template.php?file=Textos/Conferencia-de-Jacques-Alain-Miller-en-Comandatuba.html>
- Miller, J. A. (2005) El Otro que no existe y sus comités de ética. Buenos Aires: Paidós.
- Valas, P. (1989) ¿Qué es un niño? En VV.AA. Niños en Psicoanálisis (pp. 9-15). Buenos Aires. Manantial.

Recibido: 25/2/2020

Aceptado: 12/11/2020